

Entre ellas y nosotras: los abortos

(Relatos de activistas feministas socorristas aborteras)

Entre ellas y nosotras: los abortos

(Relatos de activistas feministas socorristas aborteras)

“Desde hacía un tiempo soñaba con zapatos rosas.

Todos eran diferentes; pero ninguno tenía par.

Eran zapatos solitarios y siempre rosas.

Cuando despertaba, sonaba el celular.

Del otro lado una voz titubeante: *Hola, necesito su ayuda.*

Ella sabía que la respuesta estaba en su memoria.

Sabía que cada zapato rosa, encontraba su par en la voz titubeante

que estaba del otro lado del teléfono”.

Belén Grosso

En este material están compilados catorce relatos escritos por activistas feministas de *Socorristas en Red* de distintos puntos del país. Los diez primeros fueron publicados por Sandra Chaher en el sitio web: www.comunicarigualdad.com.ar, resultan de acompañamientos realizados en el año 2014. Publicamos acá, también, el texto de presentación del espacio socorrista.

Los cuatro siguientes aparecieron en *Las 12*, suplemento del diario *Página 12*, y refieren a situaciones vivenciadas en los años 2013 y 2014. Luciana Peker acompañó las tratativas para que aparezcan allí. Agradecemos a ambas comunicadoras la posibilidad de difundir estos escritos. Para este 2015, nos entusiasma potenciar proyectos sobre este tipo de escrituras.

En setiembre de 2014, le enviamos parte de estos textos a Carlos Skliar¹, motivadas por algunos interrogantes y sucesos cómplices que toman existencia en los encuentros socorristas y que de una manera u otra vinculamos con una pasión que reúne a algunas de las integrantes de *La Revuelta*: la pedagogía o, mejor, unas pedagogías *otras*. En las páginas de color de este material compartimos algunas de las impresiones de Skliar.

Desde la Colectiva Feminista *La Revuelta* de Neuquén, integrantes de *Socorristas en Red*, encontramos una excusa preciosa para presentar y hacer circular los relatos en este formato: el Simposio *Narrativas sobre experiencias corpo-abortadoras*, que organizamos como parte de las XII Jornadas de Historia de las Mujeres y el VII Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, a desarrollarse en el mes de marzo en la Universidad Nacional del Comahue. En dicho simposio nos adentraremos en estos escritos, todo para seguir pensándonos, para seguir danzando y pergeñando otras vidas. ¡Viva la vida y mejor, viva la vida activista!

Las Revueltas, en el verano de 2015 en Neuquén².

1. Autor de ensayos educativos y filosóficos y de libros de poemas.

2 Las fotos de “Entre ellas y nosotras: los abortos”, forman parte de un proyecto creativo más amplio desplegado por tres activistas revueltas: Belén Grosso, Pupy Merino y Morocha Verdugo.

Relatos de feministas que abortamos

Por Sandra Chaher (*)

Socorristas en Red (*feministas que abortamos*) es una red de grupos y colectivas feministas de Argentina que informan y acompañan a mujeres que deciden abortar, para que lo hagan con misoprostol.

La red tomó su nombre actual en febrero de 2013, durante su segunda reunión plenaria en la ciudad de Córdoba. Un año antes se habían reunido también allí para esbozar los primeros pasos de un accionar político que poco a poco va ganando espacio y se extiende hoy por distintas ciudades y regiones. Esto sucede a la par que el derecho al aborto sigue siendo ilegal en Argentina, afectando así los derechos de las mujeres sobre nuestra primerísima potestad: nuestros cuerpos.

Desde *Comunicación para la Igualdad* queremos acompañar esta militancia sororal y combativa que hoy permite que muchas mujeres accedan a un aborto en sus casas, guiadas y acompañadas por otras mujeres, evitando la violencia de la práctica de un aborto quirúrgico en forma clandestina.

Y qué forma mejor de hacerlo que a través de los relatos de estas mujeres valientes que ponen el cuerpo para acompañar, sostener y aprender de otras mujeres valientes en trances difíciles frente a un Estado ausente.

Dicen las Socorristas sobre su acompañamiento: “Donde hay poder hay resistencias. Lo sabemos. Las mujeres abortamos y seguiremos abortando mal que les pese a los fundamentalismos de toda índole. Capturar la densidad profunda de lo que sucede en cada acompañamiento de *Socorro Rosa* es por demás difícil, complejo e inasible incluso. La experiencia de abortar es intransferible, la de acompañar también; sin embargo, hay algunos acontecimientos que se nutren de ciertas características que impactan de manera particular en nosotras, activistas feministas que acompañamos el derrotero de la gesta del aborto propio de quienes acuden a nosotras.

En esta sección publicaremos relatos de algunos socorristos, acontecimientos que vivimos de manera

especial, que nos agujonean y sacuden y -por eso mismo- nos alientan a escrituras. Como sostiene Deleuze, 'el acontecimiento no es lo que sucede; está en lo que sucede, el puro expresado que nos hace señas y nos espera' (Gilles Deleuze, Página 12, 4-2-03). Se trata de adentrarnos en eso que está en lo que nos sucede, dejarnos afectar por las pasiones y los deseos. Buscamos recuperar reservorios de ternura, erotismo, sensibilidad, riesgo y cuidado para las prácticas militantes, producir aperturas para reconstruir formas de lenguaje capaces de hacer más audibles las experiencias singulares de quienes abortan y de las activistas que acompañamos e insistir así con una deuda interna profunda de la democracia para con las mujeres y la sociedad toda: el derecho al aborto legal, seguro y gratuito.

Elegimos escribir, elegimos compartir esas escrituras a modo de gesto político, para hacer que las palabras sigan diciendo algo, para seguir aportando pensamientos y acciones que nos hagan más inteligibles y visibles las prácticas de abortar, para saber más y mejor acerca de cuál es la ley que instalan las mujeres cuando abortan... para insistir e insistir..."

(*) Introducción - Publicada el 11 abril de 2014.

Las cosas que también pasan en la escuela...

Por Belén Revuelta (*)

La escuela como lugar de lo posible... “La Gran Ocasión” diría Graciela Montes. Ahí, en la escuela aprendemos a ser mujeres. Un tipo de mujeres, dejando de lado miles de posibilidades por ser. Aprendemos ahí lo que no podemos. Aprendemos a partir de las ausencias (o a partir las ausencias) y de las presencias llenas de desigualaciones.

Aprendemos también muchas maneras de sobrevivir. Resistimos de colores, de modales, de peinados, de juegos, de miradas y de caricias...

A veces, buscamos una “Seño” o una “Profe” de ojos tranquilos, en los que podamos ver reflejada nítidamente nuestras vidas. Buscamos alianzas y roemos por las esquinas todas las palabras que nos puedan salvar. Buscamos el pellizcón de silencio que nos deje ahondar en lo que sentimos.

Y cuando suena el timbre pasa lo mejor. Nos encontramos en los secretos del recreo. En el ring que aturde pero que es la mejor música. Sí, la mejor melodía que pudiéramos inventar. Ahí, en el recreo Ailin corre a la farmacia. En fuga por la ley matemática que desea. Que sea negativo. Que sea la ley de los signos más justa para su vida.

El rincón del baño que eligió se estremece al mirar el resultado. Los espejos reflejan perfectamente el insomnio que acontecerá. El aire se pone espeso y ya nada es.

Ailin, en fuga, en el recreo, en la farmacia, en la calle, en la escuela, en el baño, en el recreo... ahí donde se guardan los mejores secretos. Los que hacen efímera la eternidad de los sinsabores.

(*) Colectiva Feminista *La Revuelta*, Neuquén - Publicado el 11 abril de 2014.

La sonrisa y Juana

Por Eli Carabajal (*)

Caía la tarde blanca y quieta, era un encuentro más, muchas mujeres compartiendo un mismo sentir: quieren decidir sobre sus cuerpos, por eso están ahí. Algunas firmes, otras dubitativas, otras perplejas.

Hay buen ambiente, a veces me pregunto qué pensará el mozo de ese bar al que tanto recurrimos.

Todas hablan, todas escuchan y preguntan, o al menos eso parece; creo adivinar alguna mirada perdida, la busco, la encuentro, procuro que vuelva, me descubre, se ríe y nos acompaña.

Ella es Juana, es boliviana, lleva dos años por estas tierras, tiene dos hijxs y es muy joven. Recién se está asentando, buscándose la vida como puede, sobreviviendo, apenas tiene a su hermana.

Se cuida “con los días”, dice. Encuentros fortuitos en busca de un placer merecido, a veces tienen consecuencias inesperadas.

Llama la atención su buen humor y eso me lleva hasta ella, me siento a su lado y le acaricio el brazo, ella me mira, saca una enorme sonrisa y me dice: “a veces siento ganas de morirme”. El cuerpo se me queda del revés, en cuántas ocasiones nos hemos sentido así...

Estoy en mis comienzos y la certeza me toma de la mano, me indica este camino, lleno de mujeres. Termina el encuentro y una a una retomarán sus vidas, siempre recordarán ese bar, la charla; y yo... nunca olvidaré aquella sonrisa.

(*) Colectiva Feminista *La Revuelta*, Neuquén - Publicado el 30 abril de 2014.

[...] He silenciado el barullo alrededor, y me he puesto a leer las escrituras que me enviaste. Como si demorarme hubiera sido una estrategia necesaria como para leer entero, sin vestiduras, abierto a lo que vendría que, supuse, sería de una belleza desgarradora. Belleza, me cuido con esta palabra, se que no es exactamente la palabra, pero tengo la sensación que no hay otra para hablar de lo humano, en medio de tanta hipocresía, violencia, ultrajes.

Socorro Rosa en la cordillera neuquina

Por Mariquita F. (*)

La noche que recibí el mensaje de Adriana pidiendo ayuda no pude dormir... Es que su nombre me sonaba, y sí, como lo confirmé entre mis registros ya la había ayudado el año anterior, en agosto, cuando ella tenía tan sólo 18 años y un embarazo de 8 semanas. Ahora era distinto, era grave.

Inmediatamente me contacté con mi grupo de referencia y telefónicamente analizamos las posibilidades que había para Adriana, que cursaba la semana 23 de gestación.

No había caso, no podíamos poner en riesgo su vida!!! Esta vez tocaba acompañar de otro modo (¿la adopción quizás?).

Pero la angustia no me dejaba, no nos dejaba en realidad porque del otro lado, en otro pueblo estaba ella esperando tomar el colectivo para encontrarse conmigo. Adriana venía esperanzada porque ¿cómo podría haberle adelantado yo por teléfono lo delicado de su caso?

Bajo los árboles de la terminal de ómnibus nos reconocimos y nos abrazamos. Otra vez nos unía el aborto, el embarazo no deseado.

Se veía la ilusión en su carita, y mientras la tomaba de las manos le pregunté por qué había tardado tanto en buscarme.

Así, tomadas de las manos me contó su pasión por el fútbol, sus ganas de ser profe de educación física y su fracaso en el ingreso a la facu en Bariloche. Ella es de Junín de los Andes pero quería seguir sus sueños de profesora a pesar del desarraigo.

– No podemos- le digo -, con tantas semanas arriesgamos tu salud ¡que es precisamente lo que queremos cuidar!

Las lágrimas cayeron lentamente, irremediablemente. Toda la desazón se apoderó de ella, tan delgada y desesperanzada.

Me miró a los ojos y me dijo que haría lo mismo que había hecho su hermana mayor a los 16, quitarse la vida.

Ahí ya no pude yo. La abracé, le acaricié el pelo y busqué dentro mío cómo amarrar a esta jovencita desesperada, cómo socorrerla en la inmensidad de la vida que nos permitía encontrarnos. ¡Renegué de lo clandestino! Porque si las mujeres pudiéramos elegir a tiempo, sabernos cuidadas por el sistema de salud, sentirnos tenidas en cuenta...

La invité a mi casa. Adriana me siguió y entre mates y galletitas oreos, llena de pañuelitos de papel arrugados me contó la historia de su vida.

Así se nos hizo la hora del segundo colectivo, y corrimos juntas para alcanzarlo. El chofer nos sonrío y paró cómplice a mitad de la calle. Me quedé con la mano en alto, con el viento del lago secando mis lágrimas y una sonrisa forzada en la cara.

Pero hay salida, me dije.

En el acto activé mi red de mujeres solidarias que también militan y trabajan en Junín y en Neuquén para que pudiéramos acompañar a Adriana. Teníamos su celular y sus ganas de recibir ayuda.

A diario le seguí el pulso de su vida con mensajes de texto que le indicaban un turno, un médico, una trabajadora social, una psicóloga, una visita de domingo sólo para abrazarnos.

Justo ayer, sábado, recibo en pleno camino de los Siete Lagos en este otoño magnífico un mensaje:

-“Hola. Le cuento que la panza está bien y creciendo mucho. Le deseo felices pascuas. Y si no contesto a veces es porque no tengo crédito. Un beso. Adriana.”

Los socorros, en ocasiones, germinan de manera inesperada. Y el amor entre las mujeres sigue siendo revolucionario.

(*) *Socorro Rosa* San Martín de Los Andes - Publicado el 29 mayo de 2014.

20 años después

Por Simón Mas (*)

Tenía 17 recién cumplidos. Mi amiga 16. Teníamos los mil pesos de esa época provistos por un conocido abogado que no era su padre y menos, quería ser abuelo. Rico él. Teníamos el dato que nos había pasado el ginecólogo de la mansión del pueblo del Gran Buenos Aires donde crecíamos. Era una casa quinta medio abandonada en las afueras de una ciudad vecina. Fuimos en el Fiat 600 blanco de mi madre sin registro de conducir que yo había conseguido prestado por unas horas con alguna mentira piadosa. Llegamos temprano a la cita hablando de otra cosa. Ninguno de los dos sabíamos a dónde nos estábamos metiendo, tampoco con quien íbamos a encontrarnos al otro lado de la puerta. La casa no era de lo más limpia ni lo más ordenada que se pueda esperar para este tipo de prácticas. Nos recibieron dos personas vestidas de particular, nos saludaron con la mano, contaron el dinero y se fueron con ella para las habitaciones. Me senté en un living de mal gusto y cortinas herméticamente cerradas donde me habían dicho que podía esperar ojeando unos diarios viejos y mirando la puerta de salida. Pero necesité salir. No recuerdo cuánto tiempo estuve caminando por el jardín tratando de pensar lindo mientras me escondía de la mirada inquisidora de los vecinos. No era época de celulares como para pasar el rato con música o llamar a alguien por cualquier cosa. Y la trajeron en brazos, dormida, me ayudaron a sentarla o acostarla en el asiento de atrás. De ahí a dar vueltas en un auto que recalentaba haciendo tiempo para que balbucee sus primeras palabras y saber que estaba bien para, aún media débil, dejarla en la puerta de su casa como si nada. Y hasta mañana y después hablamos. Pero de eso, de esa tarde, no se habló más.

20 años después vivo en la Cordillera de los Andes. Una francesa de 24 años está embarazada en medio de un viaje mochileando por Latinoamérica. Sorpresa para una nacida y criada con aborto en el sistema de seguridad social, se desayuna por la ecografista de la ilegalidad de la práctica. Y el viaje ya no importaba tanto. Siempre quedaba volver a casa o Guyana a practicarlo. La dueña del camping fue una de las que había

prometido averiguar, pero el dato estaba desactualizado. De lejos un changa podando una enredadera le chista. Previa disculpa por haber escuchado, le pasa el celu que turnamos. Al día siguiente nos encontramos en una parada de colectivo. Habla muy poco español pero trae a su amiga que se defiende. Le cuento del misoprostol y de socorristas en red y con lágrimas en los ojos me pide que necesita pensarlo. Al otro día estaba lista para hacerlo. Tenía un celular prestado para estar comunicados y una habitación reservada en un hostel frente a la guardia del hospital en el país del aborto clandestino. Es sábado 8 de marzo. Estoy en la plaza con una mesita y unos pañuelos verdes mensaje va, mensaje viene. Escribo mezclando idiomas. Duda que esté yendo bien, tiene poco sangrado y casi nada de dolor y la remata que si no funciona se mata. La llamo varias veces, no atiende. Intento vía sms que se tranquilice, que estamos a tiempo para repetirlo. Esa noche fue larga para mí y no pude ubicarla. Al otro día llama la amiga, dice que no pudieron reconocer la expulsión del saco en la palangana y fue casi nada el sangrado. Hablamos de repetir la dosis de ser necesario y que esto que empezamos lo terminamos juntxs. Pero el lunes recibo un claro mensaje repleto de caritas felices. La ecografía dio el okei tan esperado. Me citó en un bar. Era otra. Le llevé de regalo un folleto de métodos anticonceptivos que le dibujó la sonrisa y brindamos por su viaje con varias pintas de cerveza roja. Por ellas y por todxs lxs que ocupamos el agujero del mientras tanto el aborto sea en el hospital.

(*) *Socorro Rosa* El Bolsón, Río Negro - Publicado el 17 junio de 2014.

La soldado también abortó

Por Lau (*)

La socorrida tiene 24 años, está embarazada y quiere abortar. Es soldado, trabaja en un cuartel en alguna ciudad de este país, quiere ingresar a la gendarmería y ahora está haciendo un curso de paracaidismo. Al momento de encontrarse con las socorristas estaba de 17 semanas.

Nos juntamos dos socorristas con la socorrida, cuando están de más de 12 semanas es mejor acompañar en duplas para tomar más recaudos. Hicimos todo de acuerdo a nuestro protocolo, nos encontramos cara a cara, conversamos sobre lo que significa abortar a las 17 semanas, le dimos las recomendaciones necesarias y armamos el show que debería hacer cuando rompa bolsa, que sí o sí tiene que ir al hospital, que no puede estar sola mientras usa las pastillas, etc., etc., como si el instinto de cuidar a esa soldado se apropiara y se encarnara en nosotras cuando se trata de arrebatarle al patriarcado el cuerpo de las mujeres.

Comenzó esa misma noche, tomó todas las dosis, sólo tuvo diarrea, un poco de fiebre, escalofríos, dolores abdominales y nada más. No rompió bolsa ni despidió el saco gestacional, ni nada de todo lo que se suponía tenía que pasarle, se comunicó todo el tiempo con las socorristas, estaba sola, no quería contarle a nadie, dice que una amiga y un amigo sabían, pero en el cuartel nadie sabía.

A los dos días le hicieron un test de embarazo por el curso de paracaidismo, al otro día la llamó su jefa y le dijo:

-Estás embarazada, no podés seguir haciendo el curso, tenés que cuidarte.

Su jefe también la llamó y le dio un sermón, las socorristas le preguntamos:

-Pero ¿qué te dijo?

-No sé, yo solo le puse la cara, nos contestó.

A las 72 hs de haber usado por primera vez el miso, nos encontramos las tres otra vez, fuimos a hacernos una ecografía, le dijimos al ecografista que solo queríamos saber si estaba todo bien, que no queríamos escuchar latidos ni nada. Efectivamente estaba todo bien. Salimos de ahí y nos fuimos a una esquina a conversar.

La soldado socorrida dijo que quería volver a intentar. Así fue, intentó y esta segunda vez abortamos.

Digo que fuimos a hacernos una ecografía y digo que abortamos porque a veces las socorristas terminamos tan involucradas en los abortos, que es como si nos estuvieran pasando a nosotras mismas, como si ese aborto que le corresponde a otra, que está en el cuerpo de otra estuviera encarnado en nuestro propio cuerpo.

Es muy difícil explicar con palabras, intento escribir porque necesito decir algo de este aborto, decir algo de una de mis compañeras que cuando escribí el mail contando que teníamos esta situación se comunicó y me dijo:

-Ok, yo puedo acompañar también.

Decir algo de mi novia que aunque ella dice que no hace acompañamientos, yo digo que sí los hace porque está tan atenta al teléfono como yo, decir que seguramente sería más fácil pelearnos en la marcha del Encuentro Nacional de Mujeres con esta socorrida que es parte de las fuerzas policiales de este país y que cada año cuida la catedral de la provincia donde se hace el encuentro y que nosotras vamos y les gritamos y lxs pintamos y lxs escupimos la cara...

Pareciera que en este momento todo eso quedó de lado, nosotras seguimos cagándonos en este sistema machista asqueroso misógino moralista y patriarcal, la socorrida soldado abortó y seguramente nosotras les gritaremos en el próximo encuentro nacional de mujeres:

*Ustedes también abortan y un día van a llamarnos por teléfono
y nosotras las vamos a acompañar*

(*) Socorro Rosa Córdoba - Publicado el 18 julio de 2014.



Catarsis

Por Flor Rabiosa (*)

Anoche te vi reír,
sonreír aliviada,
recuperar la alegría.
Abrazar tu niñez.

Anoche te vi llorar,
mientras temblabas del dolor
y mordías tus labios para no gritar
y me agarrabas fuerte la mano.

En esta larga noche,
te pedí que me miraras a los ojos y confiaras,
que te dejaras cuidar,
como hace mucho no te cuidaban,
y lo hiciste apenas conociéndonos a nosotrxs.

Anoche te vi crecer,
y te vi ser nuevamente
la niña que no te querían dejar ser.
Te vi reclamar tu derecho,
y por eso nos jugamos.

Anoche vi el miedo en tus ojos,
te vi rezar apoyada en mi hombro
en una noche que parecía que no acabaría nunca,
y no nos dejaba ni cerrar los ojos.

Pero hoy, hoy finalmente,
te vi dormir plácidamente,
y me fui con las lágrimas, las risas,
los apretones de mano, el grito ahogado,
que me aguante para sostenerte/sostenernos.

Partí a la mañana,
con la certeza de que este día
también me vio crecer a mí, a nosotrxs,
nos dejó abortar el patriarcado y la indiferencia,
la bronca y la injusticia,
y gestamos juntas sororidad
para seguir la lucha por nuestros derechos,
para poder parir nuevos feminismos...

(*) Colectiva Feminista *Las Rabiosas*, Buenos Aires - Publicado el 13 agosto de 2014.



Salir del closet del aborto (o lo que implica ser abortera)

Por Flor Rabiosa (*)

Poca gente en mi familia sabía que yo soy parte de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito, mucho menos que además soy socorrista. Con mis viejos ni hablaba sobre aborto, de hecho mi hermana ha sacado el tema mucho más a discusión que yo.

De a poco fueron entendiendo el planteo de la legalización del aborto. Mi mamá estaba en contra, mi viejo también, y así podemos seguir la cadena familiar, probablemente por el simple hecho que además soy de una familia tradicional y católica, del conurbano. Acerca de mi militancia, excepto mis viejos, mis hermanas, y mis algunos de mis primos, nadie más sabía; no tenían mucha idea de que las feministas de la familia (dícese mi hermana y yo) peleamos por el derecho al aborto. Claro, es políticamente correcto hablar de violencia de género, de trata de mujeres, pero cuando decís aborto, la cosa empieza a cambiar, y de eso no se habla.

Los días que acompañé el caso de la niña de 13 años de Moreno, a quien le negaron un aborto no punible, fueron días intensos, por un lado por todo lo que significa acompañar, y por otro, porque implicó mucha exposición para mí. El lunes temprano, que hablé por radio, mi abuelo estaba escuchando, y enseguida los llamó a mis viejos. Prendieron la radio, y la tele, por la insistencia de mi abuelo buscando si salía por algún otro medio. El mismo que, días después, me dice: “El problema es que esto es un negocio para algunos, y nos les interesa lo que les pasa a las mujeres. Pero vos seguí adelante”

No quedó ahí. Más tarde, me había visto la mitad de la familia, que se iba comunicando conmigo para pasar los saludos. Días después, me llama mi otra abuela, y me dijo “no te llamé antes porque sabía que estabas ocupada. Te vimos. Estamos orgullosos de vos, porque es una lucha que viene de hace mucho tiempo. No digo más nada porque me emociono”.

Para mí, esto es salir del closet del aborto. Es mostrar que hago, quien soy, sin tapujos, y poder compartirlo. Es poner el cuerpo, y también las palabras.

La historia no terminó ahí. En mi trabajo, algunos saben que soy feminista, aunque pasa desapercibido. Esas semanas, mi teléfono no paraba de sonar, tenía mil reuniones, y una cara que me delataba. Hasta que mi jefa me dice: “estás mal vos, algo te pasa”. Y le conté. Fue lo mejor que pude haber hecho! Me ayudó con mi trabajo, y encontré mucha solidaridad entre mis compañeros. También para estudiar: tanto mis compañeras como mis profesoras me ayudaron desde su lugar.

Esto también fue salir del closet del aborto. Fue nombrar públicamente a las definiciones y prácticas feministas, fue abrir mi vida política a mi vida privada.

No sé cuanta gente pueda comprender de la misma forma lo que me pasó estos días. Ni varias de mis compañeras de militancia más cercanas, ni la persona con la que estaba saliendo, que son feministas y saben que soy socorrista, lo han podido entender. Ni mi familia, ni mis compañerxs de trabajo y de la facultad, ni mi profesora, saben que yo estuve ayudando tan de cerca a esta niña, pero a su manera me acompañaron, así como muchas compañeras desde diferentes partes del país. Con todo esto, algo cambió, en mí, y en mi relación con ellxs.

Mi mamá, la que estaba en contra del aborto, la que decía que si era legal iban a abortar todas, la que nunca habló de anticoncepción conmigo de chica, la que esquivaba el tema, la que no entendía a qué íbamos al encuentro de mujeres, escribió el otro día: “Hace 26 años comenzamos a transitar el camino de la maternidad/paternidad, aprendimos a alimentarlas, a acunarlas, a curarlas, a hablarles, a escucharlas, pero fundamentalmente aprendimos y seguimos aprendiendo a mirar el mundo desde otra perspectiva y eso es lo que nos fortalece para aceptar lo que eligen y deciden.” Y hoy mamá compartió, por primera vez, en su facebook una actividad que hacemos con la Mesa del Oeste.

Para mí, esto también es ser abortera.

(*) Publicado el 13 agosto de 2014.

Ser socorrista primeriza

Por Paula Satta (*)

Mi vida pasa por el aborto, le escribo a una amiga. Qué paradoja, murmuro. Desde que tengo el celular mis días se suceden entre protocolos y miradas compulsivas al aparatejo azul y negro cada diez exactos minutos para chequear la señal y el color de la pantalla, de negro a vibrante azul es una llamada entrante, si el fondo se torna gris se convierte en reloj analógico.

Unos cinco días entre sueños entrecortados sobre semanas de gestación, mensajes desesperados mezclados con una voz tranquila que exclama muy firme que aborta porque quiere y llamadas a médicas que desafían a la corporación mientras de guardia dan indicaciones puntillosas para socorristas primerizas.

Y cada vez que me acuesto para dormir la siesta suena el teléfono, ¿será la ley de Murphy? Más bien me convengo que es la ley de las mujeres, la ley de nuestra vida, que escribimos con ese llamado que suena a las cuatro de la tarde cuando yo acabo de conciliar el sueño. Las mujeres abortamos aunque el Mundial inunde los titulares de los diarios y también acompañamos aunque no haya actividad posible que pueda pactarse para el partido contra Nigeria. Y como algunas cuantas somos también futboleras disfrutamos de la picada con la cerveza en una mano y el aparatejo en la otra, mientras aprovechamos el entretiempo para llamar a una socorrida.

No solo festejo el triunfo de Argentina. Festejo que la maternidad sea elegida. Porque en este mejunje de sensaciones que es mi sentir recuerdo mi clase de yoga y la voz calma que dice “a mayor tensión mayor relajación” y pienso si hay mejor ejemplo que ese primer shock al ver las dos rayitas que finaliza entre blíster, decisión consumada y alivio.

Abortar los miedos y los mitos para delinear la propia vida, sola, acompañada, trabajadora, estudiante o ama de casa, con hijxs, sin hijxs, en fin, tomar las riendas, darles un sacudón, y redoblar la apuesta, no sólo afirmar mi cuerpo es mío, sino también soy artesana de mi vida y el destino que construyo, planeo, moldeo,

borro, maldigo y desdigo. Porque siento cómo las voces de quienes deciden por ellas mismas y su vida futura, que es afirmación presente, transitan la línea telefónica que sostengo y porque acompaño el deseo como forma de vida. Me convengo de mi frase inicial. Abortar es dar vida.

(*) Consejería *Decidimos* La Plata - Publicado el 24 septiembre de 2014. Escrito en días de mundial de futbol.



¿Estás acompañada en la decisión de ser abortera?

Por Malena (*)

Me levanto a la mañana con el teléfono enredado entre las sábanas. Rosa tuvo una noche movidita. Les mando un mensaje a las chicas que me tuvieron en vela, para chequear que está todo bien y poder arrancar los primeros mates del día, tranquila. Mientras voy encendiendo el cerebro, escribo a mis compañeras para avisarles que Ruth está bien, que Cinthia abortó, que María está más tranquila. Pienso en la socorrista neuquina, a quien desperté con un mensajito a las 4.30 A.M. Pienso en lo trascendental de estar acompañada.

Pregunta 14. ¿Estás acompañada en la decisión de abortar? No, contesta Nadia. Bah, sí, por ustedes.

Hace cuatro años, mi amiga, mi compañera de infancia, con la que entonces compartíamos militancia en la villa, me contó que estaba embarazada. Y con risa nerviosa, ojos preocupados, pero con claridad y firmeza me dijo “obvio que voy a abortar”. Las dos nos sabíamos de memoria el manual de cómo hacerse un aborto con pastillas y formaba parte de nuestras, entonces incipientes, bibliotecas.

Pregunta 14. ¿Estás acompañada en la decisión de abortar? Estaba acompañada por quien entonces era su novio y por mí. Pero nadie más tenía que saber.

Los tres planeamos todo, calculamos vías de administración, tiempos, elegimos dónde y cuándo. Entre mates, jugo de naranja, contracciones, lágrimas, risas, miedos y alivio, en la casa de una abuela que se había ido de viaje, abortamos juntxs.

Este año, Flor y yo fuimos parteras de Socorro Rosa Tucumán. Desde Marzo que circula en nuestras manos el teléfono rosa, y ayer ya éramos cinco las brujas norteñas que estábamos planeando estrategias para extender redes en los servicios de salud pública, difundir la línea y seguir poniendo bomba al heteropatriarcado que pretende decidir sobre nuestros cuerpos.

A cada llamado, le sucede un encuentro. A cada encuentro vamos en duplas, y sentadas en los canteros de

la plaza charlamos, planeamos todo, calculamos vías de administración, tiempos, elegimos dónde y cuándo, otra vez.

Ahora somos más. Pensamos juntas. Nos reímos, lloramos, nos abrazamos. Antes de despedirnos, sacamos las protocolos y las llenamos con riguroso cuidado. Entonces aparece la pregunta 14.

Cuando abortamos, acompañándonos con Flor, hace cuatro años, terminó un embarazo no deseado y comenzamos a gestar nuestro feminismo. Deseado, buscado, elegido, gozoso.

Hoy, me pregunto ¿Estás acompañada en la decisión de ser abortera?

Mi hermana, Paula, es Socorrista, como yo. Mi hermano Lucas, con quien a veces sacamos chispas, llegó primero a la charla que organizamos la semana pasada, y desde que sabe que soy socorrista, casi parece que chispeamos menos. Gerardo, que es apenas más chico, tranquiliza a sus amigas “Claro que te podés hacer el test en casa, y no, no es el fin del mundo, está el Socorro Rosa, y te voy a acompañar”. Mi mamá nos cose banderas, nos hace bizcochuelos, hace cargas virtuales al teléfono y nos cuida. Mis tías y tíos compran rifas. Mis primas van entendiendo algunas cosas y se animan a preguntar en la mesa familiar. Mi abuelo, de ochenta y dos años, me ceba un mate y me dice “Estoy preocupado por la muchacha de las 14 semanas”.

Soy abortera. Y mi familia me acompaña en la decisión.

(*) *Socorro Rosa* Tucumán - Publicado el 3 noviembre de 2014.

*Fui leyendo, a los sorbos,
cada una de las historias. El
aire es poco durante la lectu-
ra. Hay una suerte de eclosión
inmediata, y no hay más reme-
dio que luego ir hacia el patio,
la ventana, cualquier sitio para
buscar algo de respiración.
Hay momentos en las vidas
cuya escritura exige transpa-
rencia: llamar las cosas por su
nombre y contarlas para que
exploten en medio de la apa-
rente calma. Como si fueran el
aullido en medio del silencio,
el trueno en el cielo sereno.
Y está bien que así sea: la vio-
lación es la violación, el abor-
to es el aborto, la ignominia
es la ignominia, y la serenidad
solo existe en la quietud de los
que han perdido la conciencia.*

El celu está re tranqui...

Por Pupi (*)

Nosotras, las “telefonistas” que también abortamos somos la: “Hola ¿las revueltas?”, “Hola Rosa”, “hola señora” (el peor de los nombres), “hola agrupación”, “hola socorro”, o simplemente y a la vez inconmensurable, las “hola me dijeron que usted me puede ayudar”.

Somos las que contenemos el primer desborde, las que absorbemos ese primer querer despedir algo, quitarse algo, esa desesperación que desde ese instante del intercambio telefónico ya empieza a ser aborto. Las que aliviamos la primerísima angustia de esas mujeres y que en ese mismo instante sienten (porque así nos lo hacen saber) el alivio de estar siendo escuchadas, ayudadas, acompañadas. Somos las primeras en advertir la necesidad de ciertos cuidados, de esas palabras que no se dicen, de coordenadas, de puntos y encuentros. Somos las primeras en sentir ese suspiro liviano cuando entendemos lo que nos quieren decir... si hasta les veo el rostro y la sonrisa dibujada. Somos el inicio de un acompañamiento, que ellas no dimensionan y nosotras -a veces- tampoco.

Mi experiencia en estos días y entre todo esto, es *sentir* el andarle al terreno de lo oscuro, de lo que no se dice, de claves, de cuidados, de corridas, de alertas y alarmas. Este terreno que nos deja el señor sistema patriarcal, siendo lo que no somos, en el vacío de los consultorios, en ese lugar que el señor machismo no nos deja decir la verdad y estamos hartas de los silencios, de esos silencios que callan nuestras voces pero que con nuestros cuerpos y saberes, allí hay algo que es posible. Ese terreno en el que también marcamos presencias fuertes, verdes y violetas, con claros impulsos de intervención, provocación; sin dejar de señalar las violencias agitamos gritos de lo que sí podemos.

Somos ese primer eslabón de una cadena, de una articulación, de una red que se extiende y nos extiende, metida hasta las entrañas, ocupando cada terreno, el más comprometido y primerísimo: el cuerpo. En un bar, en el super, en una plaza, en una orilla y hasta en las olas, andando y sintiendo esos lugares tan finos, a los

que a veces pienso son casi abismos. Tejiendo con todas y entre todas, ampliamos las redes como pescadoras en esto que nos empuja, en esto que a veces nos atraganta y que a veces se traga... cintureando el miedo, la clandestinidad, la yuta y la muerte, rescatando estas palabras para delatar el secreto de nuestra cotidiana vida.

Somos mujeres que abortamos, que acompañamos, que no callamos, que contenemos, frágiles a veces, invencibles otras, compañeras hasta las tetas. ¡Somos hermanas!

(*) Colectiva Feminista *La Revuelta* - Publicado el 11 diciembre de 2014.



La urgencia del aborto

Por Ruth Zurbriggen (*)

“Fui a una salita y le dije al médico: no puedo seguir con este embarazo, si no me ayudás me tiro abajo de un auto y seguro aborto. El médico me dijo que me quedara tranquila, que iba a buscar un número de teléfono de unas mujeres. Yo estaba con un ataque de nervios, no lo conocía, se lo dije porque estaba desesperada y dispuesta a hacerlo. Tomé de todo al enterarme: té de ruda, de perejil, comí apio hasta el hartazgo, hice abdominales, anduve en bici... nada. Consiguí el número y me lo pasó. Así llegué a ustedes. Me dijo que ustedes iban a ayudarme y que él quisiera que esto fuera en el hospital pero que no se puede todavía. Me dijo que volviera, que él me va a hacer el control después y que todo iba a estar bien.”

Partecitas del relato de Alicia, 36 años, cursaba un atraso de ocho semanas. Nos conocimos el 5 de noviembre, en la terminal de Neuquén. Me esperaba en el lugar pautado. Una silla la separaba de Sofía, otra chica con la que pronto se reconocerían en la misma urgencia: la de abortar.

Unos minutos después llegó Marcela. Las invité al bar. En el trayecto empezábamos a conocernos. Repasé sus nombres y les pregunté cómo habían dado con nosotras. Sofía, la más joven, hablaba sin parar.

Un nuevo evento socorrista empezaba a suceder. Fue un encuentro de alta densidad, todas (más que otras veces) hablaron de una parte de sus vidas. De la dolorosa, por supuesto. Marcela contó sobre su primer aborto, hace unos siete años usó misoprostol, en soledad aquella vez. Abortó en el baño del hotel donde trabajaba de mucama. No podía darse el lujo de faltar.

Me enteré que Alicia es de la Ciudad de Buenos Aires, en abril se vino a vivir a Cipolletti con su hermana. Consiguí trabajo en una pollería, contratada pero con perspectivas de estabilidad. Cursó hasta segundo año del secundario. En agosto “creí que de verdad él había cambiado y lo seguí a Bariloche. Dejé todo lo que estaba empezando a armar, porque soy una estúpida. Creo que ese tipo me volvió loca. Ahora estoy de nuevo acá, en la casa de mi hermana, no tengo trabajo todavía y hace un mes me enteré de que estaba embarazada,

me quiero morir”. Su ingreso actual: la Asignación Universal por Hijo.

Desde la 1.30 am del 6 de noviembre seguí el derrotero del aborto de Alicia. Usó misoprostol por la vagina. Mensajes de texto fueron y vinieron, el tercero llegó a las 6.15 am: “Perdón por la hora. Me despertó el dolor y ya empecé a sangrar”.

Esperé a la mañana para llamarla. Respondía con evasivas. Más tarde entendí: “Es que estaba mi cuñado, si se entera me mata”.

Los acompañamientos socorristas están siendo prácticas micropolíticas de sororidad; un programa de acción y relación con las mujeres y sus prácticas de abortar; modos de resistencia y combate contra las crueldades de un sistema que parece no darnos tregua.

Que sea legal, seguro y gratuito resulta una urgencia. Las y los responsables de resolverla están en el Congreso Nacional.

(* Colectiva Feminista *La Revuelta*, Neuquén - Publicado el 15 de noviembre de 2013, en Las 12.





Centro Obstétrico
Neonatal

Ellas abortarán

Por Ruth Zurbriggen (*)

Es sábado. Voy al encuentro socorrista. Otra revuelta está allí. Me acerco, la escucho: “Son doce pastillas, acuérdense”. Hay cinco mujeres reunidas. Cuatro embarazadas, todas buscando información. Tres decididas a abortar. La cuarta, Miriam, cursa un embarazo buscado, está acompañando a Mariela, su hija adolescente.

Rosalía (29) cursó hasta tercer año de la escuela media. Tiene tres hijxs. “Con tres pibes no te va a querer nadie”, la sentenció quien fuera su pareja. “Y me violó. De esa violación nació mi último hijo. Si ahora me ve embarazada me mata”, cuenta. La bestia la persigue y no deja de mostrar su poderío: “La última golpiza fue hace tres meses”, recuerda.

Rosa (32) es católica. “Voy a misa, a veces”, dice. Paradojas: desde hace meses buscaba quedar embarazada. Tuvo una relación que duró tres años. Su mirada penetra como sus palabras: “No voy a decirle nada a él, no sé cómo reaccionará si se entera. Me separé porque descubrí que tenía una relación paralela con otra. No sé cómo hizo, yo le revisaba hasta el celular. Ella también está embarazada. El caradura dice que está enamorado de las dos. No, yo no me presto a eso”, afirma.

Mariela (17) está cursando el secundario. Sabe, dice, afirma que “no es el momento”.

Nos estamos por ir, reiteramos la importancia del control médico y los métodos anticonceptivos. Miriam dice que hace poco se enteró de que “ahora el DIU se puede usar aunque todavía no hayas tenido hijos”. No es ahora, pienso, es otra perspectiva sobre nuestros derechos reconocida por sectores amigables de salud. Le indica a Mariela: “Pasales tu celular así se hacen compañía y saben cómo va todo”.

Salimos. Comento sobre los altos tacos que lleva Rosa. Nos reímos de quienes llevamos ojotas. Veo a Rosa abrazar a Rosalía: “Estoy preocupada por vos, quedate tranquila, todo va a estar bien”, la alienta. Juntas, las cuatro, caminan en un andar acompasado.

Mientras subo al auto reparo en dos chicas sentadas en un banco de la plaza. Se ven jóvenes. Una lleva puesto un colorido pañuelo en la cabeza. Las miro curiosa. El rostro de una acaricia el cuello de la otra. Ensimismadas en su acto afectivo ahora se besan. No parece importarles la mirada ajena.

Pienso en las libertades, siempre relativas en este sistema.

Pienso en esas mujeres con las que estuvimos recién, en las tres que decidieron abortar y en la que decidí acompañar, en la potencia de sus cuerpos y decisiones. Las veo alejarse por la ancha avenida, tan ancha como la decisión que tomaron para este momento de sus vidas. Diviso a Rosalía caminando del brazo de Rosa. Pienso que –a veces– los sostenes llegan en un momento inesperado. Llegan al producirse una apertura afectiva que nos conecta y encuentra con esa otra.

Ellas abortarán. No hay ley ni artículo del código penal que detenga la decisión. Legal, seguro, gratuito: nos lo deben los y las diputadas del país.

(*) Publicado el 13 de diciembre de 2013, en Las 12.



Poner el cuerpo para que otras aborten

Por Liz Salander (*)

Para Lola el lunes fue un día diferente: está cansada, le duele el cuerpo, le duelen los dedos de los pies, le duelen las uñas de los dedos de los pies, le duelen las rodillas, las pantorrillas, los codos, las manos, los hombros, los dedos de las manos, las uñas de los dedos de las manos, las orejas, los pelos, los ojos, la nariz, los cachetes, el culo, la concha, el clítoris, las tetas, los omóplatos, la panza, el intestino, las pestañas, los ojos, la nariz, la boca, los dientes, las muelas, el alma, las axilas, los pelos de las axilas, los pelos de la concha, los pelos de las piernas... hasta el maldito protoplasma le duele. Le duele todo, pero Lola y sus compañeras volvieron a abortar. Eran seis las abortadoras.

Catalina tiene 34 años, es la que puso el cuerpo para abortar, la que confió en estas cinco mujeres que no conocía, la que se bancó los dolores, la que prestó atención al teatro que otra le fue diciendo que tenía que hacer cuando fueran al hospital. Estaba de 17 semanas. Es portadora sana del virus HIV. Cuenta que un tío la violó cuando tenía 14 años, que se enteró de que tenía el virus cuando se quedó embarazada de su primer hijo, que ahora tiene 17 años. Mientras Catalina abortaba con misoprostol, una controlaba los horarios de la toma de las pastillas, la dueña de la casa limpiaba y preguntaba si necesitaban algo, otras fueron a comprar para hacer de comer. Habían comenzado a las 2.30 de la madrugada. Cada tres horas había que hacer una toma de misoprostol. Así fue hasta las 13, cuando comenzó el proceso final. Lola se fue al auto a preparar todo para cuando tuvieran que salir, puso una bolsa de nylon, luego trapos, una frazada vieja y otro trapo más. Se fueron al hospital. Mientras iban, Catalina les decía que tenía \$ 200 en su bolsito para pagarles y Julieta le decía: “No te preocupes por eso, cuando todo haya terminado nos traés un budín de regalo”. No tardaron mucho en llegar, la recibieron en la guardia, largó todo justo ahí, cuando entró al consultorio y dijo que quería hacer pis. Se quedó internada hasta el día siguiente. Catalina le contó a Lola que una ginecóloga fue a revisarla y le dijo: “Decime si tomaste algo, a mí no me interesa, no te va a pasar nada, no te van a denunciar”.

Lola no sabe si está bien o si está mal haberse involucrado tanto en este aborto, cree que no había otra posibilidad, piensa que algunas tenían que poner el cuerpo y así fue, pero también se cansa, las fuerzas que tiene son producto de la red de amigas y compañeras que están haciendo lo mismo que ella, que si bien eran seis las que abortaban en esa casa, había otrxs que sabían que ellas estaban allí, había otrxs acompañando procesos de aborto diferentes al de Catalina, pero no menos difíciles.

(*) *Socorro Rosa Córdoba* – Publicado el 11 de abril de 2014, en Las 12.



Las Hilarias ayudan a más mujeres a abortar

Por Ruth Zurbriggen (*)

Hilaria es pequeña. Tiene 27 años. Inmigrante boliviana en tierras neuquinas. Llegó este año, unos meses después que su marido, cuando él ya se había instalado. Le tocó compartir vivienda con su cuñada, su cuñado, varios sobrinos y sobrinas y su suegra. Dijo, al pasar, “nadie me trata bien en la casa”. Tiene un hijo que pronto cumplirá dos años.

La conocimos un lunes heladísimo de junio. En un bar. Calzaba unas ojotas blancas. Muchas mujeres pasaríamos por la vida de Hilaria ese día: la enfermera amigable a la que recurrió esa mañana y que comprendió que no había tiempo que perder, cursaba casi las 14 semanas de atraso y quería abortar. La enorme maestra amigable. Las dos socorristas revueltas a cargo del encuentro de ese día junto a otras dos activistas feministas de San Juan. (Vinieron a Neuquén para aprender un poco más sobre los socorros rosas, en esta escuela de saberes paganos que nos hemos agenciado. Una de ellas, socorrida a la distancia meses atrás.)

Hilaria permanecía callada mientras un ir y venir de mujeres apuradas nos dábamos cita alrededor de la mesa. Cuidar a Hilaria, contrarrestar las interferencias... hacernos entender... Rápido nos dimos cuenta, su

mirada furtiva nos devolvía extrañeza sobre el folleto que pusimos a disposición.

–¿Sabés leer, Hilaria? –me animé a preguntar.

–Más o menos...

Nos contó que no terminó de cursar la escuela primaria. Hubo entonces que dibujar un mapa diferente, hubo que poner a disposición otros modos. El plan incluyó pensar en el espacio escolar, muchas cosas impensadas pueden suceder en las galerías de las escuelas.

La casa no era el lugar indicado esta vez, muchos controles, muchas exigencias...


Nuestro plan incluía que no la llamaríamos para no despertar preguntas. “Tengo miedo que mi cuñada sospeche y me acuse con mi marido.” Lo planeamos minuciosamente, bajo formas de ingeniería mujeril sonora. Su marido ni nadie del entorno conviviente supo que abortó. Imaginación colectiva y creativa para –al final– reírnos de la bestial ley patriarcal.

A las dos semanas la enfermera me contó: “Se volvió a Bolivia, no la estaba pasando bien acá”. El marido la siguió.

“Rebelarse no es contra quién, sino junto a quién”, escribe Carlos Skliar. Rebelarse y rebelarnos junto a otras. Apuesta política y ética de nuestro andar.

Hilaria no lo imagina, no lo sabe (y es posible que nunca se lo podamos contar): pasará por la vida y la memoria de muchas. Hilaria hace marca amorosamente afectada; activa emociones y produce movimientos. Hilaria es ahora, también, Las Hilarias. Así han dado en llamarse las socorristas de San Juan que ingresan a Socorristas en Red, para aumentar la potencia de un andar vertiginoso y sostenido.

Una red que no deja de reclamar la legalidad del aborto en Argentina y en América Latina y el Caribe.

(*) Publicado el 5 de setiembre de 2014, en Las 12. 





Yo solo puedo decir que:

- Cada relato es un universo y merece ser contado en su desnudez, pero también en su amplitud de detalles. Los detalles nunca son suficientes para nombrar el dolor y la revuelta.

- Hay que contradecir, contrariar, quebrar el “orden natural de las cosas”, ese orden que nos hace aceptar lo inaceptable, acatar lo inacatable, conciliar lo irreconciliable.

- La trampa del lenguaje está en medio de su obediencia y desobediencia: lo obedecemos para decir, lo desobedecemos para decir aún lo indecible.

- Es crucial que las historias sean como percepciones de cuerpo, metáforas y gritos de cuerpos. Así como también es imprescindible contar más allá de la erosión, más allá de lo evidente: las historias singulares continúan después del punto final del relato.

- La conmoción es tanta que creo que se logra algo muy difícil de lograr: quien lee deberá tomar decisiones o quedarse en la superficialidad de su impunidad.

O somos cómplices de la rebelión, o somos cómplices de la cerrazón.

No se si soy capaz de decir algo más. Estoy, también, aturdido por las escrituras.

Se, eso sí, de qué lado de la vida y del mundo y de la escritura estoy.

Al lado de ustedes.

Gracias, Carlos

(Buenos Aires, 6 de octubre de 2014)

Esta publicación es una iniciativa de la Colectiva Feminista *La Revuelta*.
Cuenta con el aporte de la Fundación Umverteilen – Berlín- Alemania.

Diseño Gráfico: Valeria Jelinski.

www.larevuelta.com.ar / 054-299-154722618 / colectivalarevuelta@gmail.com
Blog Socorristas en Red: <http://www.socorristasenred.blogspot.com.ar>

Neuquén (Patagonia Argentina)
Verano de 2015

*Esta edición de 1500 ejemplares se terminó de imprimir
en Cooperativa Chilavert Artes Gráficas
Imprenta recuperada y gestionada por sus trabajadorxs
M. Chilavert 1136 (1437), Pompeya, Ciudad de Buenos Aires*

